

El maya y el maíz

Antonio Mediz Bolio

*"...y de entonces a hoy, los
indios mayas sólo piden maíz,
tierra y agua para su maíz
que es su vida.
Eso pidieron antes a sus dioses.
Eso pidieron después a sus amos.
Y eso es lo que siguen pidiendo
ahora a la Revolución".*

Si en toda la América india fue y es todavía el maíz fundamento esencial de la subsistencia, entre los mayas tuvo siempre un carácter todavía más importante, hasta llegar a ser cosa trascendental y sagrada.

Sobre las anchas y pedregosas tierras de Yucatán no corre un solo hilo de agua; las cosechas están a merced de la que caiga de las nubes. La vida depende en absoluto de la lluvia, cuyos místicos dispensadores, los *Chac*, Señores de las aguas del firmamento, eran temidos, respetados y adorados como los árbitros supremos de la existencia humana.

En idioma maya puro, "maíz" se dice *xim*, (*xiim*, *ixiim* en fonética popular). *Im* significa seno de hembra, principio nutritivo, vida en real sentido fisiológico. Indica, a la vez, la forma plástica del grano y su concepto intrínseco de la base de la subsistencia. La vida para los mayas es el maíz.

Desde los remotos misterios cósmicos, el maíz figura, simbólicamente, como signo de los primeros hombres que aparecen en el Mayab para poblarlo, desde los cuatro puntos cardinales. "El maíz rojo es atributo de los hombres de Oriente, el maíz blanco de los del Norte, el maíz negro de los del Poniente, el maíz amarillo de los del Sur". Con el color que esotéricamente corresponde a cada uno de los cuatro rumbos de la tierra se marca el divino grano

que es la expresión de la vida de las cuatro grandes familias humanas que pueblan el mundo.

Los genios protectores — *Ah-Ppisté*, *Uac-habnal*, *Miscit-Ahau*, *Chacté Aban* — bajan a ayudar a los hombres, en el momento en que van a establecerse en las extensiones vírgenes.

Y antes que nada, uno mide la tierra, otro la divide, otro la barre de árboles y yerbas y otro la quema y la abona para el cultivo.

Lo primero que hacen los dioses es dar al hombre la *milpa*, el sacrosanto plantío de maíz, junto al que habrá de levantar desde luego el hogar primitivo, el *pazel*, para su albergue, y después el templo, el palacio, la ciudad. La maravillosa civilización maya se funda sobre el maíz.

El aprovechamiento de la semilla elemental desarrolla las formas de la alimentación hasta llegar a los manjares exquisitos, "comida de príncipes", que añaden a la satisfacción de la necesidad primaria el goce del refinamiento. Todo es el maíz.

Y junto al religioso esfuerzo por la siembra y a la alegría de la cosecha, el espanto por la sequía, por la carestía, por el hambre. El hambre es continuo fantasma amenazador frente a los hogares de los mayas. Un solo año que las lluvias celestes falten a la cita, y la catástrofe es segura. Llegla la terrible *Multuntzek*, el de los "cerros de calaveras", que es el hambre, la peste, la enfermedad,



Antonio Mediz Bolio, dibujo de Gabriel Ramírez, 2002, especial para la *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*.

la muerte. Su servidor más eficaz es el horrendo enemigo: la langosta.

Cuando los maizales están en mazorca, gracias a los aguaceros oportunos, el indio vuelve a levantar los ojos al espacio, tembloroso de ver aparecer, luego de las húmedas nubes benéficas, las otras nubes secas y vibrantes, los ejércitos del *zaak* que nublan el sol antes de caer sobre el festín de las milpas.

Las "profecías" de los *Katunes*, el vaticinio que los sabios astrólogos hacían al empezar cada período de veinte años, casi se concretan, como en la cuestión vital más importante, en la predicción de la suerte del maíz, que es la suerte del pueblo.

En tonos lúgubres se hace el augurio de las sequías, del fatídico *Kintunyabil* (el tiempo de los muchos soles). —"Se quemarán las pezuñas de los animales. Arderán las arenas del mar. Se incendiarán los nidos de los pájaros. Se rajarán las cisternas. Grandes sequías son la carga del *Katún*. Se encenderá fuego en los cuernos del venado".

Otra vez se dice: "Arderá la tierra. Estará blanco el cielo. Chorrreará la amargura, mientras la abundancia se sume. Como hormigas irán los hombres en pos de su alimento. Como fieras del monte estarán hambrientos, y como gavilanes estarán hambrientos. Y comerán hormigas y tordos grajos y zopilotes y ratas".

En el tono clásico de las profecías arcaicas se habla así de un 3 *Ahau Katún*: "Estrecho será su don de vida y mísero su jugo y así se comerá y así se beberá granizo y se comerán las desparramadas hojas de la *Chaya*. Será el tiempo en que sean recogidas las mariposas y vendrá la infinita amargura".

Después de la Conquista las crónicas mayas siguen registrando como hechos cardinales las hambres y las sequías.

Los trágicos años que siguen a 1650. La gran hambre que dura cinco años y desarrolla la primera peste y mortandad de indios que ven los españoles en Yucatán. La predicción maya ha dicho: "Los que resistan (la muerte) roerán troncos de árboles y hierbas. Los zopilotes entrarán a las casas. Los animales morirán repentinamente". "Se comerán palos, se comerán piedras, se perderá todo alimento".

En cambio, el regocijo de los vaticinios de lluvias y cosechas, en los años buenos. Dice así en lenguaje simbólico la "profecía Itzá de



un *Katún*": "Siete tiempos de abundancia son el asiento del Gran Derramador de Agua. Tapado está su rostro y cerrados sus ojos bajo sus lluvias, sobre su maíz, abundantemente derramado. Lleno de hartura, su carga se derrama. Habrá un día en que su ropaje esté blanco, y blanco su ceñidor, y sea aplastado por los chorros del maíz".

Otra ocasión se vaticina: "La luna tendrá círculos blancos de lluvia. Se empararán los cielos de lluvias y resonarán los cielos de aguaceros. Las lluvias asaltarán el aire, las lluvias celestiales, celestiales lluvias de algodón, lluvias de los gallos, lluvias de los venados".

Todo el curso de la vida de los mayas corre entre la esperanza de las cosechas y el terror de las sequías. Del maíz dependen la muerte y la vida.

La economía del Estado maya gravita y se desarrolla en las cosechas y en las trojes que son el tesoro público.

Cada ciudad y cada pueblo se fundan a la orilla de un pozo o de un cenote y, cuando no los hay, se fabrican los *chaltunes* (aljibes) y los *haltunes* (lagunas artificiales, "aguadas"). En derredor del pueblo están las tierras comunales. Todos los vecinos son labradores para cultivarlas. El producto total se divide en tres partes. Una, la mayor, es para la subsistencia en común; otra es para los gastos públicos, especialmente para los servicios religiosos y directamente para la alimentación de sacerdotes y funcionarios; otra es para canjearla por objetos de uso doméstico, vestidos, armas, etcétera, es decir para pagar a los artesanos, que no son labradores.

Las mujeres, que también ayudan en el campo a los hombres hacen los alimentos en comunidad y en comunidad los distribuyen. La vida doméstica se realiza en una especie de "falansterio". El estado y la familia subsisten a base del maíz.

El maíz es medio de trueque del trabajo. Es la moneda "gruesa". La otra moneda "fraccionaria", puesta en circulación por los altos funcionarios que administran las "hoyas", es el cacao, el otro grano sibarítico, que, aparte de su valor fiduciario, produce en la administración el refinamiento del chocolate y se mezcla con el maíz para hacer la bebida popular: el pinole, el *kah*.

Pasado el período de la gran civilización, la decadencia trae la propiedad particular de los grandes señores. Pero el pueblo

conserva, aparte de ellos, sus tierras comunales y no se separa del maíz, cuyo cultivo es un culto.

Bajo la dominación española, el indio maya lo da todo, menos su maíz. Defiende la milpa como natural alimento y único alivio de su vida de servidumbre.

Más que ninguno de sus males, lo agobian y lo diezman las sequías, las hambres y las epidemias consecuentes, y la vida maya se llena de horror una o dos veces cada siglo, en el XVI, XVII, XVIII, y al principiar el XIX. Dos o tres veces los indios se sublevan contra los blancos, cuando les falta el maíz.

En 1847 estalla la más tremenda y acaso la más justa de las guerras de libertad en América. Los indios, desesperados por la explotación de los criollos y los mestizos, engañados repetidamente por las artimañas de los políticos, exasperados por su miseria y por los impuestos civiles y religiosos, juran el exterminio de los blancos, lanzan el grito de la reconquista de su tierra y se organizan para luchar a hierro y a fuego por su emancipación.

Y durante los años terribles de la guerra santa, se alternan los combates con las siembras. En torno a las ciudades en ruinas y a los pueblos incendiados, se labran las tierras para el maíz. Tras la desolación van los graneros, para que la guerra siga implacable.

Al fin, un día, los blancos están casi vencidos. Parece que las viejas profecías de los *Chilanes* se van a cumplir. La Península entera ha sido recobrada por los oprimidos descendientes de los que fueron sus señores naturales. Sólo quedan en medio del desastre de los blancos; Campeche, escondida dentro de sus murallas, y Mérida, la pobre capital, hambrienta y temblorosa.

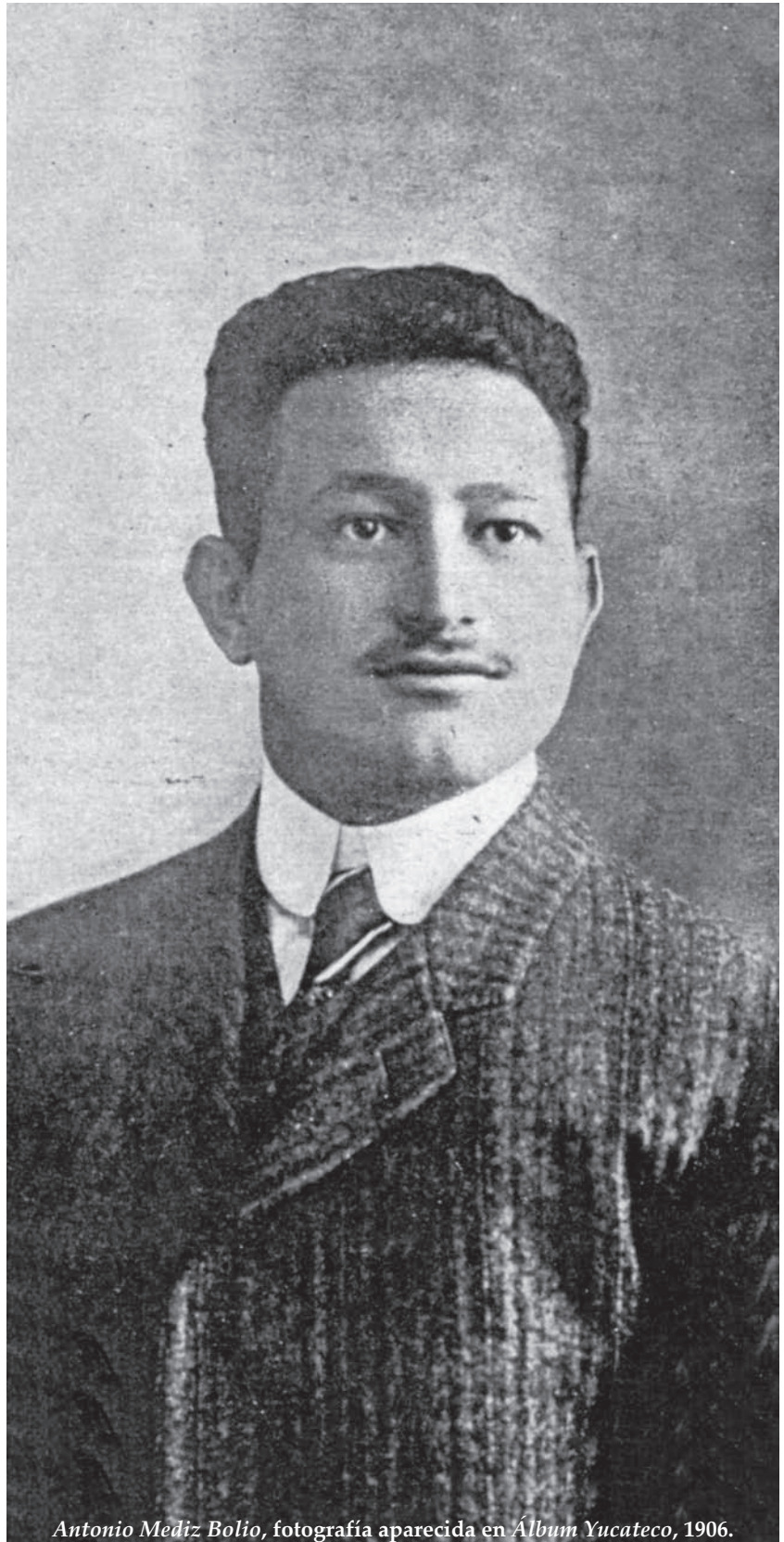
Cincuenta mil vencedores poniendo sitio a la aterrada ciudad contemplan ya desde sus campamentos las altas torres de la Catedral románica en donde dicen los augurios "ha de flamear a los vientos la bandera de los mayas". Unos días más y los vaticinios se habrán consumado en una trágica victoria. "El blanco habrá de volver la cara al Occidente"...

Pero he aquí que de pronto ocurre un hecho trascendental que cambia el curso de las cosas. Es el tiempo del "*Kankín*", el tiempo seco en que las milpas abonadas por la quema esperan la hora de la siembra, con las primeras aguas.

Los recios soles de mayo tuestan la tierra. Aún no se nubla el cielo a medio día. Y de pronto sobre los ejércitos mayas, que afilan los machetes para el asalto, se amontonan las nubes oscuras, sopla el viento arrebatado y húmedo y un tormentoso y desbordado aguacero se derrama prematuramente en la sed de los campos. Entonces, ya no se piensa en nada, más que en las lejanas milpas que hay que sembrar, que hay que sembrar en seguida para que haya maíz y ese año no llegue el hambre que es el peor de los castigos. Se olvida el odio, se aplaza la venganza, se deja para después la culminación de la victoria, la fe en las profecías cede su lugar a la fe en la tierra y en el agua y los mayas levantan sus campamentos, abandonan en masa el asedio de la codiciada capital, y jefes y guerreros vuelan a sembrar su maíz. Y Mérida se salva. Los blancos se recobran mientras los indios labran los maizales y la guerra santa de la reconquista se pierde para siempre...

Y de entonces a hoy los indios mayas sólo piden maíz, tierra y agua para su maíz que es su vida.

Eso pidieron antes a sus dioses. Eso pidieron después a sus amos. Y eso es lo que siguen pidiendo ahora a la Revolución.



Antonio Mediz Bolio, fotografía aparecida en Álbum Yucateco, 1906.

MIRADA DE VIAJERO

Cartas del camino

Al despuntar el siglo XX, la literatura rusa buscaba modernizarse. En poesía, el movimiento simbolista era un aire nuevo que se alimentaba en especial de la poesía francesa. Uno de sus representantes más importantes fue Luis Balmont. Nacido en Rusia, en 1867, y muerto en la miseria del exilio en París, en 1943. Balmont evolucionó de una poesía lírica a una anarquista. En 1905 se encontraba imbuido de una especie de panteísmo sensual, obsesionado con los misterios de las civilizaciones antiguas y metiendo las narices en los libros de Madame Blavatzky, se impregnó de teosofía y esoterismo, encontrando continuidades entre las culturas del pasado. Siguiendo su atracción y acompañado de incógnito por una aristócrata rusa, casada, que era su amante en ese momento, llegó a Yucatán en un viaje que comenzó en España el 31 de enero de 1905 y acabó el 14 de junio del mismo año en la ciudad de México. Balmont escribió cuatro textos sobre México: País de las flores rojas, Cartas del camino, Mosaico florido y La transfiguración del sacrificio. De Cartas del camino seleccionamos este texto donde Balmont narra su estancia en Yucatán y Chichén Itzá. Lo acompañamos de fotos inéditas de la misma época, del fotógrafo Badía. Visiones excepcionales de Yucatán de hace un siglo. (LARC)